

BIOGRAFIA DEL

GENERAL JOSE MARIA ORTEGA

Presbitero RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

EXTRAÑO parecerá a muchos que, para escribir el rasgo biográfico de un General, se haya escogido a un sacerdote; y más raro quizás, que este último haya aceptado con la mejor voluntad el encargo. ¿Qué hay de común entre el pacífico ministerio de la Iglesia y los sangrientos azares de la guerra? ¿Ni cómo ha de entusiasmarse con las heroicas hazañas quien vive, por educación y por carácter, tan lejos del bullicio mundano? Sin entrar, como pudiéramos, a señalar las analogías entre la carrera militar y la eclesiástica, sin hacer mérito de que el retraimiento del mundo no impide al hombre estimar los grandes hechos realizados por los que siguen caminos distintos del suyo; diremos solamente que si el personaje cuya historia va a trazarse fue, a la par que soldado valeroso y hombre público distinguido, un modelo de virtudes cristianas; y si esas mismas virtudes, transmitidas por el ilustre General a sus hijos, son el germen de las creencias y costumbres a cuyo calor se desarrolló la vocación del sacerdote, (+) entonces debe cesar toda extrañeza, y lo que antes pareció inconveniencia, mirarse como acto de rigurosa justicia.

I

Nació el General Don José María Ortega y Nariño en Santafé de Bogotá, el 19 de Febrero de 1796; y fué hijo de D. José Ortega y Mesa y Da. Benita Nariño y Alvarez, hermana del ilustre fundador de nuestra Independencia.

Distingúanse las familias de entonces por la hidalguía, culta franqueza y levantado carácter de la raza española, felizmente mezclados con cierta blandura de modales y sencillez de costumbres, aun en medio de la opulencia y el lujo; dotes que todavía realzan y dan lustre a no pocos de los hogares bogotanos.

D. José Ortega, empleado subalterno en el régimen colonial, y, como es consiguiente, pobre, no dió a sus hijos otra educación que las cristianas enseñanzas y ejemplos del hogar, y lo poquísimo que se aprendía en las escuelas primarias de entonces. Llegó, pues, D. José María a los trece años de su edad, sin saber otra cosa que la Doctrina Cristiana, leer, escribir y algo de contar; pero tenía en cambio un cúmulo de conocimientos, mucho más numeroso que el adquirido en

los libros, que acaudala un niño en el diario roce con personas bien educadas y aquel trato social que no dan por completo ni la lectura, ni los colegios, ni los viajes, a quien no tuvo la fortuna de mamarlo con la leche.

En éstas estalló la revolución de 1810. Ya pasó gracias a Dios, lo de calumniar y llenar de baldones a España, siempre que se trataba de justificar la Independencia; y hoy sabemos defender y dar gloria a nuestros padres, sin necesidad de insultar a nuestros abuelos.

Sin ponernos, hoy por hoy, a disertar sobre las causas y motivos del movimiento principiado el 20 de julio, diremos que, de los patriotas que lo encabezaron, unos iban movidos por ideas revolucionarias aprendidas en libros franceses y españoles; y otros, y a éstos pertenecía D. José Ortega, con el fin de sacudir el dominio de los últimos gobernantes peninsulares y obtener para los americanos más amplia participación en la cosa pública.

La madre Patria, durante el odioso reinado de Fernando VII, no volvió a enviarnos Solises y Ezpeletas, sino un Virrey terco e imbécil como D. Antonio Amar y Borbón, y oidores como Alba y Frías, de carácter estrecho, duros e inflexibles. Lo inofensivo de las ideas políticas de D. José Ortega, y la fama imaculada de que universalmente gozaba, se patentizan en el hecho de que habiendo firmado el acta el 20 de julio y teniendo tres hijos suyos en los ejércitos independientes, se quedó en Bogotá tranquilo, sin que D. Pablo Morillo, que encausó a hombres como D. Manuel Benito de Castro, lo incomodara en lo más mínimo.

El 20 de Julio, el futuro General Ortega, oyó con la afanosa curiosidad de niño de trece años, las conversaciones de su padre con los demás próceres de aquel día; y, saliéndose de casa sin solicitar el acostumbrado permiso materno, corrió a la plaza mayor, donde ya estaba hirviendo la multitud,

y se llevó consigo oculto, bajo la chaquetilla, uno de los cuchillos de la mesa. Solicitó que le señalasen su puesto, y como nadie reparase en él, fue a ponerse de centinela en la esquina de Santa Clara. A poco apareció por aquel lado un escuadrón de caballería, que de pronto reputaron enemigo, y que agitó a la muchedumbre reunida en la plaza. Ortega permaneció de firme en el sitio que se había señalado, y, cuando llegaron los primeros jinetes, echó mano a la brida de un caballo, y dió con voz firme el alto. ¿Quién vive?

Siguióse una de aquellas escenas, entre sublimes y cómicas, que tanto se vieron en aquellos primeros meses de la Patria; porque el Caballero contestó al grito del centinela:

—El cura de Bosa, que viene con los vecinos de su parroquia a unirse al pueblo de Santafé.

—Viva el Cura de Bosa replicó la voz infantil del centinela; que dejando entonces su sitio, marchó con los jinetes a la plaza.

El primer ensayo le había salido a pedir de boca; y desde entonces ya no pensó sino en sentar plaza de cadete. Obtuvo que le dispensasen la edad y lo alistasen en el Batallón Auxiliar, que mandaba D. José Moledo, y donde encontró a otros muchos jovencitos de las familias principales, entre ellos a D. Lino de Pombo y a D. Joaquín París, después estadista eminente el primero, y General benemérito el segundo.

El nuevo cadete no era de los que sólo buscan en la carrera militar plumas y galones; y apenas supo que saldría en breve una columna, al mando de D. Antonio Morales, contra los realistas de Santa-Marta, solicitó que lo incorporasen en ella; y partió para su primera campaña el 15 de Octubre de 1811. De Ocaña envió Morales una parte de su tropa, a órdenes del Teniente Hermógenes Maza, a batir, en el pueblo de Simaña, al Oficial español Salcedo. Después de pasar la noche

entre una ciénaga, al amanecer del 30 de Noviembre, rompieron los fuegos contra el enemigo; pero al mismo principio la acción, el incendio de un cajón de pertrechos puso fuera de combate al Teniente Maza, y la refriega continuó dirigida por los cadetes **Ortega** y **Salgar**, quienes, no obstante lo inferior en número de su gente, derrotaron por completo al español, y le tomaron todos sus elementos de guerra. Redactaron después el parte de la victoria, y se lo hicieron firmar al sargento Florido, que puso una cruz en lugar de nombre, porque no sabía escribir. Aquel triunfo valió a **Ortega** el grado de Teniente y las más calurosas felicitaciones de sus jefes.

Por aquel entonces la inexperiencia de las cosas había hecho que la mayor parte de las provincias de la Nueva Granada, con la novelería infantil de tener sus gobiernos propios, y sin echar de ver que lo importante en esos momentos era mantenerse estrechamente unidas contra el español, proclamasen la federación y reuniesen en la ciudad de Tunja su Congreso. Nariño, con el talento superior y el conocimiento del mundo que lo distinguían, previó lo que no tardó en acontecer, que el Rey enviaría tropas a la reconquista, y que los patriotas, jugando al Congreso, no estarían apercebidos para resistir; y se opuso formalmente a la federación. De allí surgió aquella primera y malhadada guerra civil, favorable primero a los provincianos en el combate de Ventaquemada, y concluida con el triunfo completo obtenido por Nariño en los ejidos de Santafé, el 9 de enero de 1813. Dicho se está que **Ortega** perteneció a las tropas del Dictador de Cundinamarca; pero lo que debemos añadir es que al encontrarse el General Leiva con Nariño en el pueblo de Nemocón, dijo el primero: "Si en el combate de Ventaquemada todos los Oficiales se hubieran conducido como los dos José Marías, en vez del desastre

sufrido, habríamos acampado vencedores al día siguiente en Tunja". Con estas palabras aludía el Jefe a **Ortega**, y a su inseparable amigo y compañero **D. José María Ricaurte**. El 9 de Enero, los dos, a la cabeza de un grupo de valientes, tomaron a viva fuerza los diez cañones que tenía el enemigo; hazaña que valió a nuestro héroe los parabienes de Nariño, tributados públicamente, al conferirle, después de un banquete oficial en palacio, el grado de Capitán y un escudo de honor, en recuerdo del triunfo tan gloriosamente conseguido.

Mas, todo aquello no era sino el preludio de la carrera, el teatro de **Ortega** era Venezuela; había de hacer su papel en las trágicas escenas de la guerra a muerte, y a las órdenes inmediatas del Libertador.

El 5 de Abril de 1813, después de obtenido el permiso y la bendición de sus padres, marchó en la columna que Nariño enviaba al auxilio de Bolívar, mandada por el General José Félix Rivas, y compuesta de 150 hombres. Entre ellos iban Antonio Ricaurte, Atanasio Giradot, Luciano D'Elhuyart, Joaquín París, Francisco de Paula Vélez.

De todos los granadinos que partieron, sólo siete quedaron vivos después de la campaña, y todos siete fueron Generales de Colombia la Grande.

Rivas se juntó al General Bolívar, y reunieron un Ejército de 800 hombres, con el cual intentaban libertar a Venezuela, ocupada por más de 6.000 hombres españoles mandados por excelentes Jefes. "Con ese puñado de hombres, dice César Cantú, propagó Bolívar la revolución, en los momentos mismos en que Bonaparte, apoyado en quinientos mil veteranos la dejaba perecer en Europa".

Al pisar el territorio venezolano, y mientras Bolívar, con una parte de su tropa, marcha sobre Caracas, Rivas se dirige al encuentro del Coronel Es-

Cuéllar, Serrano, Gómez y Cía. Ltda.

arquitectos, ingenieros

bogotá — colombia

miembros:

s.c.a., s.c.i., andi y camacol.

CAMILO CUELLAR TAMAYO
GABRIEL SERRANO CAMARGO
JOSE GÓMEZ PINZON
GABRIEL LARGACHA MANRIQUE
ERNESTO CUELLAR TAMAYO
JORGE PINZON BARCO

CARRERA 10a. No. 16-39 PISO 15
EDIFICIO SEGUROS BOLIVAR
APARTADO AEREO 3527

pañol Martí, a quien halla situado en formidables posiciones y al frente de una División entera, en el sitio de Niquitao. A las nueve de la mañana del 1º de Julio se empeña el combate, sin que al cabo de una hora los independientes hayan adelantado un paso; Rivas ordena entonces a **Ortega**, que manda el ala derecha, que cargue a la bayoneta al enemigo. La orden se cumple con denuedo; y la victoria que se consigue, es calificada por Bolívar como "el más importante de los triunfos obtenidos". "Aquel combate, dice Barralt, decidió la campaña".

De Niquitao siguió la División vencedora, por orden de Bolívar, a encontrar a D. Francisco Oberto, Jefe español de fama, y dueño de una fuerza tres veces superior a la de Rivas. Allí, en los Horcones, tocó a **Ortega** mandar la vanguardia, y por consiguiente la mejor parte de los peligros del combate y de la gloria del triunfo.

Tan completa fue la derrota del español, que Oberto y quince hombres más fueron los únicos que no cayeron en poder de los patriotas.

Recibió entonces Rivas orden del Libertador de marchar hacia Valencia, a fin de reunir todas la fuerzas y dar contra Monteverde una batalla decisiva. Obedeció sin vacilar, y después de siete días de marchas forzadas e incansantes, llegó al amanecer del 30 de Julio al campo de los Taguanes, en el momento preciso en que la División al mando de Bolívar rompió los fuegos sobre el enemigo. El combate fué terrible, mortal; el triunfo completo; y el 7 de Agosto, Bolívar entró triunfante en Caracas, en medio del entusiasmo frenético de un pueblo libre, después de tantos meses, de la dominación feroz de Monteverde.

A fines del mismo Agosto estaba **Ortega** de segundo Jefe de la tropa sitiadora de Puerto-Cabello, mandada por D'Elhuyart; y, a mediados de Septiembre, vista la inutilidad del sitio,

marchó con su División para Valencia. Monteverde, que se vió libre del asedio, y recibió del Coronel Salomón re-fuerzos considerables, fué con su ejército de 1.600 hombres a colocarse en las Trincheras, y mandó a su segundo con 600 soldados a que ocupase las alturas del Bárbula. El Libertador envió contra estos últimos una parte de su fuerza a órdenes del Coronel Atanasio Girardot. Los soldados independientes trepan con el fusil al brazo y bajo los fuegos españoles, por las quiebras del cerro; el Jefe toma en las manos la bandera y sube adelante de todos; síguelo la tropa; llegan a los parapetos enemigos, arrollan cuanto se les pone al paso; Girardot clava en lo alto de la trinchera enemiga la bandera granadina, y cae muerto al pie de ella, herido de un balazo en la frente.

Dos días después del Bárbula, la División granadina acompañada de algunos cuerpos venezolanos escogidos, marchó, a las órdenes inmediatas del Coronel D'Elhuyart, a buscar a Monteverde en sus excelentes posiciones de las Trincheras. Aquel ataque fué el resultado de una petición que los compatriotas de Girardot hicieron a Bolívar, de que les permitiera vengar a su compañero muerto, derrotando al ejército de Monteverde. "La batalla fué corta, dice Quijano Otero, y horriblemente sangrienta; las Trincheras fueron tomadas a la bayoneta... Y Monteverde, huyó, marcado en la cara con un balazo, pudiendo salvar 300 hombres, con los cuales volvió a sus castillos de Puerto-Cabello, de donde quince días antes había salido con 1.600, prometiéndose reconquistar a Venezuela".

La conducta de Ortega en aquellas cinco primeras batallas, donde mandó siempre la vanguardia, le valió el ascenso a Teniente-Coronel, que Bolívar le concedió después de las Trincheras, y antes de enviarlo de nuevo como

Tejidos
Leticia Ltda.

♦ PAÑOS

♦ MANTAS

♦ RUANAS

♦ PONCHOS

♦ HILAZAS

DE

LANA

MEDELLIN
BOGOTA
CALI

Segundo Jefe del sitio de Puerto-Cabello. El 22 de Octubre lo llamó a Valencia para condecorarlo con la estrella de los Libertadores de Venezuela, orden militar que acababa de fundarse. Aquel día no recibieron la apetecida estrella sino el Libertador Bolívar, el General José Félix Rivas, el Coronel Rafael Urdaneta, el Coronel D'Elhuyart y el Teniente Coronel Ortega.

La ceremonia se hizo por la noche en la sala de la habitación de D. Fernando Párraga. Bolívar entregó la condecoración a Ortega por manos de la señorita doña Mercedes, hija del dueño de casa, y a quien el Oficial granadino pretendía por esposa. En los primeros días de Noviembre, en respuesta a las felicitaciones que el General le dirigió por su heroica conducta en el sitio de Puerto-Cabello, Ortega solicitó y obtuvo del Libertador el permiso para casarse.

Nuestro Teniente-Coronel tenía entonces diez y siete años.

Monteverde, aprovechando la derrota sufrida por los patriotas en Barquisimeto, dejó a Puerto-Cabello y salió a ocupar los cerros de Vigirima. Rivas resolvió irle al encuentro, y el 23 de Noviembre principió con sus tropas a escalar aquellos altísimos peñascos, dominados por las fortificaciones del enemigo. Duró el combate todo el día, y aún no habían subido los patriotas sino los primeros estribos del cerro. Al amanecer del 24, llegó Bolívar al campo y asumió el mando de aquel verdadero asalto de titanes. A media sierra, el Coronel Villapol, Jefe de merecido renombre, se despeñó en uno de aquellos desfiladeros, y el ejército patriota vaciló por un instante.

Bolívar llamó a Ortega, le encargó el mando del ala que acababa de perder su Jefe, y añadió:

—Si esta noche estamos vivos, escriba usted a su prometida que dentro de cuatro días, el 28 de Noviem-

bre, estará usted en Valencia a recibir su mano.

Al terminar el día siguiente, tercero del combate, los independientes victoriosos estaban ocupando las alturas de Vigirima. El 28 por la noche, se celebró suntuosamente, en Valencia, el matrimonio del Teniente-Coronel Ortega, en presencia del Arzobispo de Caracas, y siendo padrino de las bodas el Libertador.

A las dos de la madrugada, Bolívar hizo suspender el baile y ordenó a todos los Jefes y Oficiales que regresasen a sus cuarteles respectivos. Ortega se despidió de su esposa, y a esa misma hora emprendió marcha a Puerto-Cabello, donde el deber militar lo llamaba. A los pocos días se dió la batalla de Araure, donde el batallón sin nombre, así apellidado en castigo de haberse dejado vencer en Barquisimeto, hizo tales prodigios de valor y arrojo, que Bolívar le dió el título de Vencedores de Araure, y les dirigió este elogio honrosísimo: "Soldados, ya sois dignos de batiros al lado de los granadinos".

La Batalla de La-Puerta, ganada por los españoles puso a Boves triunfante, en estado de marcha sobre Valencia, ocupada por una cortísima guarnición independiente. Ortega, que había ido a la ciudad con permiso de sus superiores, creyó que su deber era no abandonar a los defensores de la plaza, y aceptó el cargo de segundo Jefe, a órdenes del Coronel Escalona. Boves se presentó con su ejército victorioso, compuesto de 3.000 hombres, e intimó rendición a los sitiados. Respondiéndole negativamente, y el Jefe Español dió la orden de ataque. Tan brioso fué el empuje de los sitiadores, que se apoderaron de las primeras fortificaciones. Ortega entonces se coloca a la cabeza de su columna, y le hace desfilar por las aceras de las calles, barridas por la metralla enemiga mientras él mismo y su ayudante

marchaban por el centro. Escalona ordena a Ortega que se retire, y lo amenaza con mandarle hacer fuego si avanza; pero el Jefe granadino nada escucha; llega a las trincheras, repite la carga a la bayoneta de Niquitao y del Bárbula, y rescata las posiciones, matándole 133 hombres al enemigo. El mismo recibió dos heridas de bala, una que le despedazó un brazo, y otra que le atravesó el pecho por encima del corazón, y fué conducido al cuartel en brazos de sus Ayudantes.

Veintidós días duró aquel sitio, que no tiene muchos semejantes, ora se tenga en cuenta el heroísmo de los defensores, ora las penalidades sufridas por el hambre y la sed; pues, los sitiados no pudieron introducir antes del asedio ninguna provisión a la ciudad. El 9 de Julio de 1814, Escalona pasó revista a la guarnición, y resultó que constaba por todo de noventa hombres, medio muertos de hambre y de sed, y que por único parque tenían doscientos tiros de fusil y siete de cañón. Ese mismo día recibieron la noticia de que Caracas había sido ocupada por las tropas realistas, y que, por consiguiente, no debían los de Valencia esperar ningún auxilio de lo exterior.

Escalona aceptó, pues, la capitulación que le ofreció Boves y abrió a las tropas del Rey las puertas de la ciudad. El General español había jurado la víspera por el Santísimo Sacramento, que perdonaría la vida a los defensores de la plaza; y apenas entró a ella, cuando hizo atar a todos los hombres espalda con espalda, y lancearlos sin misericordia. Ortega, preso en el cuartel, desde donde había oído los gritos de las víctimas, apenas si podía levantarse de la cama, a que lo reducían sus heridas. Llevaba cuarenta y ocho horas de no pasar bocado, y ya no aguardaba sino la muerte, cuando, en la noche del 12 al 13 de Julio, vió que entraban a su cárcel su esposa y el Capitán español Yaguno.

Este cubrió a Ortega con su capote militar, y salió con él, por entre la guardia, que no los detuvo en la puerta.

¿Qué significaba aquello? - Que la esposa de Ortega, cuya edad, casi infantil, se aliaba con un temple de alma extraordinaria, resolvió salvarlo a todo trance; y, valiéndose de la mortal enemistad que reinaba entre Boves y el Capitán General Cagigal, interesó, por su juventud y su desgracia, a este último, y consiguió la libertad del preso. Después de otras varias aventuras, que al figurar en una novela de Julio Verne, pasarían por absolutamente inverosímiles, Ortega y su esposa pudieron al fin escapar de Valencia, y se refugiaron en una choza situada entre el monte, en el sitio de Patameno. Allí devoraron por muchos meses las amarguras de la miseria; Da. Mercedes, a quien Bolívar apellidaba heroína de Venezuela, era quien cultivaba el huertecito contiguo a la casa, quien hacía todos los oficios domésticos, y quien iba todas las semanas al pueblo más cercano a proveerse de algunos víveres y averiguar las noticias de la guerra, cada día más desfavorables a los patriotas. Ortega, inválido aún por sus heridas, entristecido profundamente por los reveses de los suyos, se animaba con el ejemplo de su incomparable esposa, y encontraba consuelo para sus dolores en los sentimientos religiosos hondísimamente grabados en su alma.

No perdió jamás, como otros compañeros suyos, las creencias católicas que heredó de su padres; ni dejó nunca que esas creencias quedasen sólo en la mente, sin reflejarse en las palabras y en los actos. En la época de mayores riesgos para él, hizo que un pintor venezolano le dibujase sobre una tablita una imagen de Nuestra Señora de Chinquirá, y durante toda la campaña la llevó siempre consigo, atribuyendo a la protección de la Vir-

gen Santísima el haberse librado de tantos y tan graves peligros. Aquella imagen se conserva con religiosa y filial veneración en poder de los hijos de **Ortega**.

La miserable calma de que disfrutaba en su retiro, iba a terminar. D. Pablo Morillo, el feroz y brutal pacificador, acababa de llegar a Venezuela con un Ejército de 15.000 hombres; y, cerca de Valencia, supo que en las inmediaciones estaba oculto un Oficial patriota. Envío a prender a **Ortega** y lo hizo comparecer a su presencia. No sabemos por qué no lo fusiló: en cambio lo destinó para servir de recluta en la División mandada por el sanguinario Coronel D. Tomás Morales. Adivine el lector lo que padecería nuestro Teniente-Coronel en quince meses que duró de soldado en el ejército enemigo, a las órdenes de un monstruo de aquellos que la humanidad engendra en su seno raras veces. "Este Morales, decía Boves, es un buen chico, sólo que es un poco sanguinario".

La esposa de **Ortega** lo siguió en su marcha hasta que lo embarcaron en Puerto-Cabello, con rumbo a Cartagena. El recluta granadino estuvo en el sitio de la ciudad heroica; presenció los dolores y las proezas de los sitiados, y devoró amarguras sin número. Lo hicieron retornar a Venezuela, donde Morales le dió el grado de sargento. Cara le iba constando aquella honra al Teniente-Coronel del Ejército de Bolívar; porque un día que desertó un soldado de la Compañía en que formaba **Ortega**, el Jefe español resolvió fusilar a este último.

Ya estaba en el centro de un cuadro, en pechos de camisa y sentado sobre un tambor, a punto de recibir la descarga, cuando algunos oficiales que le habían cobrado cariño intercedieron por él con Morales.

Un Jefe español, López, fué quien facilitó a **Ortega** los medios de fugarse

del Ejército; y dos Oficiales, peninsulares también, Aparicio y Rodríguez, le proporcionaron bagajes y algún dinero con que regresase a Santafé, en compañía de su esposa. Nos complacemos en mencionar estos actos de generosidad ejecutados por militares realistas, cuya hidalga conducta contrastaba con la de muchos de sus jefes.

El 18 de julio de 1817, llegó el Teniente Coronel **Ortega** con su heroica compañera, después de un mes y medio de viaje, a la casa paterna. Si el lector conoce el modo de ser de las familias bogotanas, juzgue cómo sería recibido en casa de D. José el hijo que había partido niño y volvía cargado de gloria; y la joven venezolana, a quien **Ortega** debía muchas veces la vida, y que había dejado por él patria y hogar.

Ortega permaneció lo más oculto que pudo en Santafé hasta el 7 de agosto de 1819. El triunfo de Boyacá puso fin a la dominación española en la Nueva Granada, y abrió a Bolívar las puertas de la capital, abandonada por todos los peninsulares. **Ortega** marchó por el camino del Norte, y en la hacienda de Fusca tuvo la alegría de encontrar al Libertador, con quien entró a Bogotá el día 10. Al siguiente, lo envió Bolívar con un piquete, compuesto de cuarenta prisioneros españoles, a perseguir al Comandante Castillo, que había seguido camino de Fusagasugá con 200 hombres.

Aceptó **Ortega** comisión tan arriesgada y poco halagüeña, y emprendió camino con su tropa en la dirección indicada. Afortunadamente ya la fuerza de Castillo había sido dispersada por algunos vecinos del pueblo de Pandi, que se habían organizado a la ligera a órdenes del Doctor Romualdo Liévano. Y con esto terminó la parte de la vida del General **José María Ortega**, empleada en la guerra contra el poder español.

II

Para escribir la biografía de varios de los héroes de nuestra Independencia de un modo completamente honroso para ellos, y al mismo tiempo sin mengua de la verdad, es preciso narrar por menor los hechos de la guerra con los españoles, y dejar lo demás casi en blanco; porque desgraciadamente no supieron algunos de aquellos ilustres varones conservar sin mancha sus laureles. Lo contrario aconteció al tratarse del General Ortega: la segunda parte de su historia, aunque menos rica en hazañas, es más llena y honrosa que la primera; y si tuvo algunos que lo superaron como militar, no tuvo muchos que lo igualasen como ciudadano y hombre público sin tacha.

A pesar de la conducta de Ortega en la campaña de Venezuela, y de las proezas que muy incompletamente dejamos referidas, es lo cierto que su principal mérito como militar consistía en el talento de organizador.

Bolívar, que no lo ignoraba, destinó constantemente a Ortega, del triunfo de Boyacá en adelante, a la Gobernación Militar de las provincias donde era preciso levantar tropas, proveerse de recursos y establecer el servicio público de acuerdo con la nueva forma de Gobierno que el país acababa de darse. Gobernador de Tunja, en los años de 1820 y 1821, eliminó las Comandancias particulares, creando en su lugar la Comisaría general de guerra; consiguió organizar perfectamente 9.000 hombres, que envió al Libertador a la campaña de Venezuela, remitió con el mismo objeto 500.000 pesos en dinero, 1.200 cargas de víveres, 1.990 reses y 2.000 caballos; dispuso la fundación de una fábrica de pólvora, con que proveyó abundantemente al ejército. En beneficio de la provincia, regularizó la administración de justicia; hizo repartir a los indígenas los resguardos que se les habían decretado

desde tiempo de la Colonia, pero que no habían recibido todavía; fundó escuelas primarias en todos los distritos y el día de dejar el mando, pudo informar a su sucesor que "en la Gobernación no quedaba ningún asunto pendiente".

Y el mérito mayor de Ortega consistió en proporcionarse aquellos recursos, entonces tan considerables, sin oprimir a los pueblos, sin despojar a nadie por la fuerza, y granjeándose el cariño de todos los habitantes de la Provincia, cuyos electores lo designaron por unanimidad para que la representara en el Congreso de Cúcuta. Ortega renunció aquel cargo honrosísimo, por condescender con las súplicas que le dirigieron todos los Cabildos de la Provincia para que no dejase el mando; al mismo tiempo que el Gobierno le daba plena aprobación de su conducta, y le confería, en recompensa, el grado de Coronel efectivo.

En Diciembre de 1821 fué nombrado Comandante general de Santa-Marta; el 14 de Noviembre de 1822 para igual cargo en el Departamento de Cundinamarca; en Enero de 1823 se le envió otra vez a Tunja, donde era urgentísimo levantar tropas para rescatar a Maracaibo, y donde pudo formar en diez días una División de 2.300 hombres; en Julio de 1823 marchó a Popayán como Intendente general del Departamento de Cauca, y allí se captó en breve la confianza de todos los ciudadanos; puso la Provincia en estado de defensa contra las guerrillas españolas; creó, con sus acostumbrados medios de blandura y conciliación abundantes rentas para el Gobierno; no puso en olvido el fomento de la instrucción pública primaria e hizo refaccionar el local del Seminario, convertido hacía más de diez años en cuartel, para devolvérselo al señor Obispo, quien abrió los cursos escolares el 28 de Octubre, día de cumpleaños del Libertador. Ortega fué después In-

tendente general de Cundinamarca (1826); Comandante de armas de Tunja (1827), y Comandante general de Boyacá (1828).

En el año de 1826 le comisionaron para redactar, en asocio de otros Jefes, la Ordenanza general del Ejército; en 1827 nombráronle Subjefe de Estado Mayor general; y en el año de 1841 sirvió alternativamente los empleos de Gobernador de Pamplona y de Bogotá y el de Intendente General del Ejército; finalmente, fue el primero en regir el Colegio Militar establecido en 1847. Desde Octubre de 1827, el Poder Ejecutivo previo el asentimiento del Senado, había dado a Ortega el grado de General; el propio día en que otorgó idéntica distinción a Vélez, a París y a Maza.

El General Ortega se sentó muchas veces en los diferentes Cuerpos legislativos de la República: en el Senado (1855), en la Cámara de representantes (1826) (1847, 1854) y en las Asambleas Provinciales (1857), (1858, 1859). No tenía, es verdad, la instrucción que se adquiere en los libros, ni la elocuencia aprendida en las escuelas; pero poseía entendimiento clarísimo, sumo conocimiento de los hombres y los negocios, y aquel buen juicio práctico tan escaso en esta tierra pródiga de talentos. Hablaba con orden, claridad y sencillez, y tenía natural despejo y facilidad para expresarse. Defendió siempre con brío los principios del orden, amó la libertad cristiana y nunca quiso la anarquía o la licencia; supo abogar en toda ocasión por los fueros de la Iglesia Católica, y nunca procuró sus propios intereses o de su partido con mengua del bien y prosperidad de la Patria.

Formó parte del Poder Ejecutivo, desempeñando el cargo de Consejero de Estado en 1828, y sirviendo la cartera de Guerra desde Abril de 1840, y las de Gobierno y Guerra el año de 1856. En la carrera diplomática

mereció bien de la Patria por el modo como supo comportarse en la Legación del Ecuador (1842), en momentos delicadísimos para las relaciones entre las dos Repúblicas.

Uno de los rasgos dominantes del General Ortega fue lo levantado e independiente de su carácter. Era Intendente de Cundinamarca en 1826, cuando principió a disolverse la Gran Colombia, por la desobediencia de Venezuela, las actas de Valencia, la denegación de Páez a presentarse ante el Senado que lo llamaba a juicio, y por otras circunstancias que no es ocasión de referir. Creyeron muchos hombres del partido bolivariano, particularmente en el Sur, que el único remedio para impedir la desmembración de la República, era investir con el carácter de Dictador al Gran Caudillo que la había creado. El después General Tomás Cipriano de Mosquera, Intendente a la sazón del Departamento de Guayaquil, reunió en esa ciudad una Junta política que proclamó la Dictadura de Bolívar. Escribió al mismo tiempo Mosquera a sus colegas de los demás Departamentos, y en especial de Cundinamarca excitándolos a que siguiesen el ejemplo que acababa de darles. El Libertador era para Ortega Jefe, amigo, bienhechor, insigne; ambos profesaban idénticos principios políticos y servían a una misma causa; y sin embargo, el Intendente de Cundinamarca respondió sin vacilar a Mosquera con una rotunda negativa. Juzgaba Ortega que la Dictadura es un mal gravísimo para la República, porque envilece los caracteres, afloja las voluntades de los gobernados y los desacostumbra a tomar parte en el Gobierno; y el día que desaparece el Dictador cae la Nación, en una anarquía más deplorable y con menos esperanzas de remedio que aquella que se pretendió destruir. Pudo ser que el Intendente de Bogotá no tuviera razón; pero, en todo caso, su conducta en

aquella vez dio pruebas de su incontrastable lealtad a lo que él juzgaba su deber.

El día que Bolívar entró a Bogotá, Ortega, le preparó suntuoso recibimiento y salió a encontrarlo hasta el pueblo de Fontibón. Allí le dirigió algunas palabras de bienvenida, cortes y aun afectuosas, pero que encerraban formal protesta contra el proyecto de la Dictadura.

"La respuesta del Libertador, dice el General Ortega en sus Memorias confidenciales, fué dura y penosa".

Aquel incidente, apresurémonos a decirlo, no fue parte a que se entibiasen las cordiales relaciones entre el insigne Caudillo y su predilecto amigo y subalterno; éste continuó mirando a Bolívar con el mismo aprecio, gratitud y cariño; y el Libertador, pasada aquella repentina impresión, no menguó en nada su afecto al General Ortega.

El 25 de Septiembre de 1828, al oír a media noche disparos de fusilería en distintas direcciones de la ciudad, Ortega, que a la sazón no tenía empleo alguno, se levantó, se ciñó la espada, y en compañía de su hermano político el General Vélez, corrió a la plaza principal donde acababan de reunirse los Generales Urdaneta, Secretario de Guerra; París, Comandante General; y Herrán, Intendente General, y algunos otros militares honrados y leales. Ortega prestó en aquella ocasión valiosos servicios; encabezó varias partidas del Batallón Vargas, que estaba luchando por todas partes con el de Artillería, corrió, al saber que la vida del General Santander peligraba, a poner preso a aquel Jefe, a quien quería mucho personalmente, y lo condujo de brazo hasta la prisión, sin llevar consigo escolta de ninguna clase; marchó luego con el General Herrán, a la cabeza de una partida del Vargas, a buscar al Libertador, que había escapado del hierro de los conspiradores;

pero cuyo paradero se ignoraba. Al pasar por el puente del Carmen, los soldados gritaron: —"Viva el Libertador." — "Quién va, preguntó una voz que salía de debajo del puente.

—"Herrán y Ortega", respondieron gozosamente de arriba: y un momento después estuvo el Libertador entre los brazos de los dos Generales, que lo condujeron vitoreándolo a palacio. Formó después Ortega parte del Consejo de Guerra que juzgó a los conspiradores. El crimen del 25 de Septiembre fue el precursor inmediato de la muerte del Libertador y de la disolución de la gran República. Bolívar, como todos los hombres verdaderamente grandes, terminó su gloriosa carrera en el infortunio; traicionado por algunos de los suyos; amargado por la ingratitud del pueblo a quien había dado libertad; envejecido antes de tiempo por los pesares, fue a buscar un refugio donde morir en casa de un caballero español. Allí, consolado únicamente de sus dolores por los auxilios de la Religión Católica, en que siempre había creído, pasó a vida mejor, con amargas dudas acerca de su propia obra, y con el temor de haber arado en el mar, al procurar la independencia de América.

Ortega lloró aquella pérdida como era debido: hacía algún tiempo que se había retirado al campo lejos del bullicio de la política, y preocupado únicamente de la educación de sus hijos. Dos años después renunció a su grado de General, y la pensión a que la Ley le concedía derecho.

Modesto como muy pocos, no se vanagloriaba, hablando de su carrera militar, sino de dos cosas: de no haber tomado parte de ninguna revolución contra los poderes establecidos, y de no haberle tampoco servido a ninguno de los gobiernos nacidos de los triunfos de la fuerza.

Amigo desde la infancia y copartidario decidido de Urdaneta, no quiso

figurar en lo más mínimo en la administración surgida de la batalla del Santuario. En el Congreso de 1849, cuando hubo tanto peligro para los diputados reunidos en la Iglesia de Santo Domingo; cuando varios de ellos sufragaron de un modo opuesto a sus convicciones, **Ortega** firmó la papeleta en que dió su voto al Doctor Rufino Cuervo para Presidente de la República.

De la conducta de **Ortega** el año de 1854 da fe, mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, la magistral relación escrita por el señor D. Pedro Fernández Madrid, y que los lectores verán a continuación de este bosquejo: "solo añadiremos que el viejo veterano de la guerra de Venezuela, reinscrito en la lista militar, con su grado de General, desde 1847, combatió en la memorable batalla del Puente de Bosa, como simple soldado del batallón Salamina, compuesto de antioqueños y mandado por el Coronel D. Braulio Henao. Los Jefes y Oficiales del batallón, orgullosos de haber tenido en sus filas al defensor de Valencia, al Comandante de la División Villapol, al segundo de D'Elhuyart, al vencedor de Niquitao y Vigirima, hicieron grabar, después del triunfo, una hermosa medalla de oro, con una inscripción en homenaje "al impávido soldado-General **José María Ortega**".

En el combate de Tres-Esquinas y en la toma de Bogotá, **Ortega** fue Jefe de Estado Mayor General del Ejército, unido, a órdenes del General Herrán, entre los dos ilustres Jefes había reinado siempre la más íntima e invariable amistad; y así fué grandísima satisfacción para entreambos hallarse juntos una vez más trabajando por defender la Patria.

Aquellos combates, coronados por el triunfo más completo, fueron la última campaña formal del General **Ortega**.

De la fisonomía de nuestro héroe nos dispensa de hablar el grabado

que han visto los lectores en la primera página de esta biografía; y por lo que concierne a su carácter y costumbres, nada podríamos añadir al retrato, más fiel que una fotografía, trazado, con su acostumbrada y casi insuperable habilidad, por el señor Madrid.

Diremos solamente una palabra sobre la fidelidad del General **Ortega** en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Levantábase siempre, cuando menos, hora y media antes de amanecer, rezaba las oraciones de la mañana, y leía la vida del santo en el Año Cristiano; salía a oír la primera misa que se dijese en la iglesia cercana, y a la hora en que los demás se estaban preparando a principiar las ocupaciones, él ya estaba listo para emprender todos los quehaceres con su acostumbrada actividad. Por las noches reunía siempre a su familia, encabezaba la tradicional recitación del rosario; y, cuando estaba en el campo, enseñaba después, por sí mismo, la doctrina cristiana a los arrendatarios y labradores, terminando la instrucción con el canto del Santo Dios, tan tierno y hermosamente melancólico.

El año de 1860, **Ortega**, aunque ya con principios de la enfermedad que le dió muerte, desempeñó algunas comisiones militares que le confió el Gobierno del señor Ospina; pero el 23 de noviembre quedó reducido a la cama. Pidió él mismo los últimos sacramentos de la Iglesia, que recibió con su acostumbrado fervor; llamó a su lado al General Herrán, para verle por última vez, y recomendarle que en su nombre le despidiera del Ejército; y rodeado de su esposa (1) y de sus hijos, estrechando sobre sus

(1) **Ortega** se casó en segundas nupcias, en 1828, con la señorita D. Teresa Caycedo y Santamaría, en quien los primeros hijos del General encontraron nueva y cariñosa madre.

labios la imagen de Jesús crucificado, expiró el 5 de Diciembre, a las diez menos cuarto de la mañana.

Hiciéronse los honores que en aquellos casos se tributan a los hombres del mérito de **Ortega**; y los más fastuosos que la Iglesia rinde a sus hijos fieles después de la partida; y un grupo de amigos y compañeros de armas condujo el cadáver al cementerio, donde se colocó sobre su tumba una modesta lápida con una sencilla inscripción.

Después del triunfo del General Mos-

quera en 1861, hubo quienes fueran a romper la piedra que sellaba el sepulcro del General **Ortega**. D. Ricardo Carrasquilla escribió, con lápiz, sobre la cal, en el lugar antes ocupado por la losa mortuoria, estos cuatro versos:

"Borró la torpe envidia
La inscripción consagrada a tu memoria;

Borre también, si puede,
Las páginas brillantes de tu historia".



REPUESTOS CHEVRO LTDA.

AV. CARACAS No. 18-00 — TELS.: 414-182 Y 434-833

TELEGRAFOS Y CABLES: **RECHEVRO** — BOGOTA, D. E.

IMPORTACION DIRECTA DE
GENERAL MOTORS, NEW YORK.

REPUESTOS GENUINOS "SOLO PARA CHEVROLET"

SURTIDO COMPLETO.

